

SEGUNDA PARTE.

Vana, por cierto, y sin sentido sería la presente solemnidad, si no fuésemos nosotros los templos vivos de Dios. Pero lejos de eso, la festividad que hoy nos ha congregado, es, como observa San Bernardo, la más grande, la más insigne, la que debemos celebrar con mayor devoción y más regocijo. Es la fiesta nuestra por excelencia, no sólo porque la Iglesia que dedicamos nos pertenece, sino porque nos celebramos á nosotros mismos. Y á nadie escandalicen mis palabras, añade el mismo Padre; porque ¿qué santidad tienen por sí solas estas piedras, estas bóvedas, estas paredes, para que las honremos con especial festividad? Son santas, sí, pero por razón de nuestros cuerpos que son el templo del Espíritu Santo. Fuerza es, por consiguiente, traspasar el dintel de este templo, y reconcentrados dentro de nosotros mismos examinar si sus paredes se han deteriorado, si sus altares se han derruido, si sus cimientos están

sólidos y firmes. Hábil en extremo es el arquitecto que ha formado tan suntuoso edificio, como nos enseña San Agustín; pues no lo ha fabricado un artífice terreno sino el mismo que creó de la nada los cielos y la tierra. Perfecta salió de sus manos la obra maestra de su sabiduría; pero ¡ay! nosotros derribamos ese templo magnífico con el pecado, y es menester que nos apliquemos á reedificarlo. Árdua es la empresa, á la verdad; imposible de llevarse á cabo si el mismo Divino arquitecto que lo levantó desde el principio, no nos dirigiera en la reedificación. A la norma, pues, que él nos ha trazado en los Libros revelados es preciso conformar nuestras tareas, porque de otra manera nos sucederá lo que á los obreros de Juliano el apóstata, cuando éste quiso en su impiedad, y por falsear las divinas profecías, reedificar el templo de Jerusalén: fuego celeste consumirá cual entonces obreros y materiales, y en vez de reparar se hará más completa la destrucción.

¿Cómo empezar, pues, esta fábrica colosal que cada uno tiene que levantar en su propio corazón, so pena de ser arrojado eternamente en el fuego del infierno? ¿Cómo dirigir la construcción de este soberbio templo, los que hemos recibido del Señor la misión especial de guiar, de enseñar y encaminar á los fieles que Cristo redimió con su sangre.

Imposible, repito, imposible sería nuestra tarea, si el Espíritu Santo no se hubiese dignado revelarnos en las Sagradas Escrituras, el modo de proceder en tan difícil empresa. Ya por los labios de San Pablo nos ha declarado que nadie podrá poner más fundamento, que el que está echado de antemano, que es Cristo Jesús, *Funda-*

mentum aliud nemo potest ponere præter id quod positum est quod est Christus Jesus. (I. COR. III.)

Si al escudriñar, por tanto, los cimientos de nuestro edificio espiritual, hallamos alguna roca del desierto del mundo, más profundamente colocada que la piedra fundamental que es Cristo, arrojémosla, Señores; saquémosla aunque nos cueste los mayores sacrificios, aunque tengamos que gastar el trabajo no interrumpido de largos años. De otra manera en balde hacinaremos materiales sobre materiales, en vano concebiremos los planes más grandiosos: nos acaecerá lo que á los soberbios constructores de la torre de Babel, y lejos de llevar á cabo nuestros proyectos, seremos el ludibrio de nuestros infernales enemigos.

Mas no es Cristo el único fundamento de tan gigantesca fábrica. Otra piedra colocada por el mismo Jesús es la base de la Iglesia que el Hijo de Dios Vivo vino á fundar sobre la tierra; una roca firmísima que no han podido mover á pesar de sus furibundos asaltos las huestes desencadenadas del Infierno, una peña contra la cual se vienen á estrellar en balde las olas irritadas del mundo. Esta roca, bien lo sabéis, es Pedro, Vicario de Jesucristo en la tierra, que persevera, y vive, y vivirá hasta la consumación de los siglos en sus sucesores los Romanos Pontífices.

¡Ay de nosotros, Hermanos míos, si no estamos fundados sobre esta piedra; si no nos adherimos á ella con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas! Nos arrancará el viento, cual pobres hojas separadas del ramo; nos llevará por todos lados el menor soplo de cualquiera falsa doctrina, hasta que vayamos á

alimentar el fuego de la eterna hoguera que el Señor encendió en su indignación para castigar la soberbia del Demonio y sus rebeldes ángeles. Que tal sea la base de nuestro edificio, Hermanos míos, y procuremos imitar al varón prudente del Evangelio que construyó su casa sobre roca. Este varón no es sino Cristo nuestro Redentor al fabricar su Iglesia; pero según observa Beda el Venerable, los escogidos se asemejan á Jesús, cuando lo que Cristo hizo en su Iglesia universal lo efectúa cada uno en su propio corazón. Es justo, pues, y conveniente á la presente solemnidad el detenerme con el mismo Santo Padre, y bajo su sabia dirección, á examinar los adornos y estructura del templo de Salomón, y haceros ver que eran el tipo de la Iglesia católica de que somos parte, y la norma que ha de servir para el templo que hemos de fabricar á Dios en nuestros pechos.

Si pasamos nuestros ojos por el libro de los Reyes, hallaremos que Salomón mandó que se arrancasen grandes piedras y se cuádrasen con especial esmero, para que sirviesen de cimientos. Ya os he expuesto cuál es la roca, cuál la piedra fundamental de la Iglesia; pero, como veis, hay otras piedras grandes y preciosas, colocadas sobre el principal fundamento, y destinadas á sostener en diversos puntos la inmensa mole del templo: estas son los Doctores de la Iglesia, grandes por la excelencia de sus méritos, preciosos por lo esclarecido de sus hechos; estos son los que con su predicación engendraron la naciente Iglesia. Cuadradas eran estas bases, y cuadradas no por naturaleza, sino porque el escoplo y el martillo, á fuerza de golpes, les dieron esta perfecta figura. Así también, Hermanos míos, á los Doctores de la Iglesia

los cuadra el escoplo de la ciencia y el martillo de la tribulación, hasta que los conduce á la perfección suma, para que inmuebles y fuertes sustenten las pesadas paredes. Éstas eran de mármol blanquísimo de Paros, y en esta blancura, ¡oh Iglesia católica! veo significada tu inmaculada pureza, y en esos sesenta codos que medían la longitud del simbólico edificio, miro figurada tu fé, y en su anchor tu caridad, y en su altura tu esperanza, fundada especialmente en la Trinidad augustísima, y á este fin designada en los tres veces diez codos que la mesuraban.

Tal es la Iglesia, Hermanos míos, tal debe ser el templo de nuestros corazones. De nada nos servirá la Fé, ni la Esperanza, ni la Caridad, si no estriban en la recta doctrina enseñada por los Patriarcas, por los Profetas, por los Apóstoles y los Padres de la Iglesia, y comunicada inmediatamente á nosotros por nuestros maestros sagrados y legítimos superiores espirituales. De nada nos servirá una piedad mal entendida, si nos falta la pureza de alma, la limpieza inmaculada del corazón.

A nosotros, Señores, nos incumbe de un modo especial el atender á este importantísimo punto: á nosotros, los que tenemos la misión de guiar al pueblo por el recto sendero; de contribuir no sólo á nuestra propia edificación sino á la construcción de la Iglesia universal. Si la doctrina que enseñamos al pueblo no está basada en la de los Santos Padres y Doctores, si no está enteramente conforme y dentro los límites que marca la piedra fundamental de la Iglesia visible, la columna y sostén de toda verdad, según la expresión del Crisóstomo, ¿cómo será posible suministrar al pueblo cristiano la fé pura, inmaculada, que sólo por la predicación y la ense-

ñanza se recibe, como declara el Apóstol, *Fides ex auditu?* (ROM. x.) También á nosotros incumbe, aunque en menor escala, el deber de *cuadrarnos* como las piedras que sirvieron de base al templo de Salomón. También nos cabe la imprescindible obligación de trabajar continuamente, hasta que la ciencia, y el estudio, y las privaciones nos conduzcan á la perfección de que cada uno es capaz, según la misión á que ha sido llamado. Vano pensamiento es el creer que el tiempo solo, sin esfuerzo alguno de nuestra parte, nos podrá perfeccionar y adaptar para nuestros ministerios. En cortos meses los mármoles que labraron á fuerza de golpes los artífices de Salomón se hallaron capaces de sostener la inmensa mole del Templo. Siglos y siglos han trascurrido, aún se levanta en medio del Archipiélago Griego la misma isla de Paros de que se extrajeran aquellas piedras colosales; aún yacen esparcidos aquí y allí fragmentos de roca de diversas dimensiones, más antiguos quizá que aquellas, quizá más compactos, quizá más fuertes, quizá más preciosos; pero el escoplo del artífice jamás tocó su superficie, y á pesar de su antigüedad y tamaño no pueden siquiera sostener la choza de un pescador, y se desploman al menor aguacero que carcome el desigual terreno sobre que reposan.

Igual cosa nos acaece, Hermanos míos, á los ministros del Señor, que somos perezosos y tardos en aprovecharnos del tiempo útil de la edad vigorosa, y que nos fiamos en que la senectud suplirá después á nuestra actual desidia. Sin fundamentos la Fé, ¿qué será de la Esperanza? ¿adónde dirigirá sus descarriadas miras? La Caridad perderá todo vínculo; el amor de Dios y el amor del

prójimo serán palabras vanas, y en balde las repetiremos una y mil veces desde la cátedra de la verdad, en vano también pretenderemos nosotros penetrar en la mansión celeste prefigurada por el *Sancta Sanctorum* del templo de Salomón.

Recordemos, empero, que ante la puerta de este sacratísimo recinto, y dentro de los límites del templo que figuraba la Iglesia militante, había mesas y candelabros de oro purísimo y aparecía majestuoso el altar del incienso, en que ardían continuamente exquisitos perfumes. Tenemos, pues, la luz de las Sagradas Escrituras, figuradas por los áureos candelabros, que á nosotros los moradores del templo, los sacerdotes de Cristo, debe iluminar noche y día, y que es nuestro deber hacer lucir también para el pueblo de Dios. Tenemos igualmente la mesa de los sacramentos, con que alimentarnos nosotros y alimentar al rebaño de la Iglesia; y el humo del incienso y la fragancia de los aromas debe ser ¡oh fieles! el tipo de nuestras oraciones, y de la fragancia que esparza en derredor el olor suavísimo de nuestra santidad.

Hé aquí, Señores, cuál ha de ser el templo de nuestra santificación; hé aquí el vasto edificio que debemos desde hoy empezar á construir con ahinco y constancia invencible. ¡Ay de nosotros, si cejamos un solo momento! De nuestro asiduo trabajo en esta fábrica espiritual, depende no sólo nuestra eterna bienaventuranza, sino aun la permanencia de esta fábrica material.

Cuando concluyó Salomón la Casa del Señor y su regio alcázar, y vió por fin terminada á satisfacción propia y con admiración del mundo, la obra en que gastara veinte años enteros de su reinado, ¡qué promesas de sem-

piterna protección no le hizo el Señor, añadiendo aún á las que antes le otorgara. He escogido, le dijo, y santificado este lugar para que esté allí mi nombre para siempre, y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazón en todo tiempo. Pero, bien lo sabéis; Salomón, el sabio, el santo, el predilecto del Señor, corrompió su corazón en los últimos años de su vida, y se apartó de los mandamientos de Dios y de la senda que con su ejemplo le trazara su padre David. Y por ello el Señor en su indignación volvió su rostro de aquel lugar que habia escogido por habitación, y permitió que los gentiles destruyeran el soberbio edificio, y que sirviera de irrisión á los idólatras vencedores.

No hay que fiar, pues, Hermanos míos, en que este templo subsistirá para siempre, en que esta santa casa de retiro será por largos años la morada predilecta del Dios de bondad. Las promesas divinas son condicionales, como las que hizo á Salomón; de nosotros depende que el Señor las cumpla con mano liberal, añadiendo ciento por uno á las bendiciones que ha anunciado, ó que retire de nosotros su brazo protector, y entregue nuestro templo y nuestra casa á la destrucción y al ludibrio de los que no temen su santo nombre. Si guardamos los preceptos del Señor, si caminamos por la senda que Jesucristo nos ha trazado, y por la cual nos guía con su cruz á cuestras como esforzado capitán, él nos bendecirá y nos conservará ileso en su esplendor el templo material, en cambio del espiritual que le edifiquemos en nuestros pechos. Si, por el contrario, nos desviamos de la senda de la justicia y de la santidad, no esperemos ver más que ruinas á derecha é izquierda de nuestro mal au-

gurado camino, que nos conducirá sin remedio á la infernal Babilonia, sembrado de escombros y de amarga desolación. No permitirás semejante desgracia, ¡oh Padre de las misericordias! No permitirás, ¡oh Madre de bondad! que tu Hijo Divino desencadene su ira contra nosotros. ¿Cuándo se ha oído jamás, ¡oh Virgen pura! que hayas abandonado al que ha recurrido á tu protección, al que ha implorado tu auxilio, al que se ha acogido á tu valimiento? Tú, ¡oh Patrona nuestra! nos alcanzarás la gracia de la perseverancia; y si alguna vez el Señor irritado se apresta á descargar sus azotes contra este templo, por causa de los pecados de su pueblo, tú desarmarás su diestra, y harás que en vez de plagas nos envíe profetas que nos llamen á la penitencia.

¡Señor Dios de los ejércitos! Permite que en este día solemne me vuelva hacia tí, é implore tu favor, y prostrado te adore, dirigiéndote las mismas palabras que inspiraste á tu siervo Salomón. Vuelve los ojos, Señor Dios mío, á la oración de tu siervo y á sus ruegos: oye la alabanza y la oración que tu siervo hace hoy delante de tí.

Que tus ojos estén abiertos sobre esta Casa de noche y de día, sobre la Casa de que dijiste: allí estará mi Nombre; que oigas la oración que te hace tu siervo en este lugar. Que oigas los ruegos de tu siervo y de tu pueblo en todo lo que te pidieren en este lugar, y los oirás en el lugar de tu morada en el cielo, y después de haberlos oído le serás propicio. Si estuviere cerrado el cielo y no lloviera por causa de los pecados de tu pueblo, y orando en este lugar hiciere penitencia á honra de tu Nombre, y se convirtieren de sus pecados, óyelos, Señor, en el cielo, y perdona los pecados de tus siervos, y mués-

trales un camino bueno por donde anden, y envía lluvia sobre la tierra que diste á tu pueblo en posesión. (3 REG. VIII, 28 seq., 35 seq.)

Si viniere hambre á la tierra, ó peste, ó infección de aire, ó langosta, ó angustiare á tu pueblo su enemigo sitiando sus ciudades; si alguno entonces sintiere la llaga que en su corazón ha hecho el pecado y extendiere á tí sus manos en esta Casa, tú le oirás en el lugar de tu morada y le perdonarás, porque pueblo tuyo es el que te invoca y heredad tuya. (Id. 37 seq.)

Que tus ojos estén abiertos á los ruegos de tu siervo y de tu pueblo, y los oigas en todas las cosas que te invocaren, porque tú, ¡oh Señor Dios! te los separaste por heredad de todos los pueblos de la tierra, como lo declaraste al enviar del cielo á tu divina Madre á cobijar con su manto á todo el pueblo mexicano, que acabaras de libertar de la servidumbre del paganismo y de las tinieblas de la idolatría.

¡Pueblo santo de Dios! Yo te bendigo cual Salomón á toda la congregación de Israel.

Bendito sea el Señor que ha dado la paz á su pueblo, según todas las cosas que habló: no cayó en tierra ni una sola palabra acerca de los bienes que prometió por boca de sus profetas.

Sea con nosotros el Señor Dios Nuestro, así como fué con nuestros padres, y no nos desampare ni deseche; sino que incline hacia sí nuestros corazones, para que demos en todos sus caminos, y guardemos sus mandamientos y sus ceremonias, y todos los juicios que mandó á nuestros padres. Y estas mismas palabras con que he orado ante el Señor estén presentes ante el Señor Dios

Nuestro de día y de noche, para que cada día se muestre favorable á su siervo y á su pueblo.

Para que reconozcan todos los pueblos de la tierra, que el Señor él mismo es Dios, y que no hay otro fuera de él.

Sea también perfecto nuestro corazón con el Señor Dios Nuestro, para que caminemos en sus estatutos y guardemos sus mandamientos así como hoy. (Id. vv. 56 seqq.)

¡Pueblo santo de Dios! Recibe la bendición paternal que con toda la efusión de mi pecho te doy en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.



SERMÓN

PREDICADO EN LA BENDICIÓN DEL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA
DE LOURDES, EN MONTERREY, EL DÍA 1º DE MAYO DE 1883.